

EL CICLO DE LA ENSEÑANZA DEL MARXISMO EN LAS UNIVERSIDADES MEXICANAS*

Luis Cervantes Jáuregui

1. EL CICLO DE LA ENSEÑANZA DEL MARXISMO EN LAS UNIVERSIDADES MEXICANAS.

Aunque sea de forma esquemática es necesario referirse, al tratar el problema de la reestructuración de la enseñanza del marxismo en el departamento de Economía de la U.A.M.-A., a la situación que puede observarse hoy en los diferentes centros universitarios mexicanos que cumplen esta misma tarea.

No existe todavía un estudio —siquiera inicial— sobre esta cuestión, y con estas notas no pretendemos cubrir dicha necesidad. Pero su inexistencia no justifica que nos olvidemos de contemplar el panorama y, sin más, nos encerremos a enfrentar “nuestro” problema, como si no tuviera nada que ver con aquél.

Por el contrario —primera proposición—, las características de nuestros programas de trabajo (de docencia y de investigación) en el Área, están fuertemente determinados por la forma, antecedentes y contexto social que enmarcan el momen-

*El presente ensayo fue presentado en el “Encuentro sobre la Enseñanza de la Economía Política” realizado en Oaxtepec, Mor., los días 8, 9 y 10 de mayo de 1981, organizado por el Área de Economía Política del Departamento de Economía de la UAM-Azcapotzalco, con objeto de evaluar sus programas docentes. El Área mencionada es la responsable de la enseñanza del marxismo en dicha Unidad. Se publica sin modificaciones, en la medida en que persigue discutir una serie de criterios de fondo a los que se atribuye importancia en cuanto al modo de recepción académica del marxismo en las Universidades Mexicanas en la última década. El autor era el jefe del Área.

to en que la enseñanza del marxismo no sólo se oficializa, sino que llega a convertirse en la (o al menos en una de las) corriente(s) principal(es) que sustenta(n) la organización de Escuelas y Facultades enteras, así como de Centros de Investigación, en las universidades mexicanas.

Es indudable que ello ocurre después de 1971, fecha del resurgimiento del movimiento estudiantil, luego del período represivo iniciado el 2 de octubre de 1968.

A partir de entonces, en la UNAM y en varias universidades más —tanto del D. F. como de provincia— cobra gran fuerza la tendencia que impulsa la necesidad de incluir al marxismo dentro de los trabajos universitarios, en las disciplinas más discímbolas. De ninguna manera estaríamos en lo cierto si afirmáramos que este movimiento se limitó a las Escuelas de Economía y de Ciencias Políticas; en Sico-logía, en Pedagogía y en Historia; en Antropología, en Biología y en Química; en Preparatorias y en Colegios de Bachilleres, en todos lados, fue enorme la difusión del marxismo.

La influencia de este fenómeno se dejó sentir, inclusive, fuera del marco universitario: los órganos de comunicación masiva (periódicos, revistas, libros, radio, cine y televisión) han abordado temáticas y han utilizado lenguajes que denotan claramente lo anterior; los libros de texto de primaria, lo mismo; en varias dependencias oficiales llegaron a impartirse cursos con orientación marxista; para colmo, no faltó Presidente que rindiera su informe anual de gobierno utilizando conceptos tales como “fuerzas productivas” y “relaciones de producción”.

Meros indicios de un complejo problema que remite a la difícil y poco explorada problemática de la formación de la cultura nacional, tales hechos son, sin embargo, suficientemente elocuentes en relación con el tema que nos interesa: ubicar la presencia del marxismo en las universidades mexicanas dentro de un ciclo más o menos preciso, cuyos comienzos tuvieron lugar justamente en las universidades. Y si aquí no se originaron las causas (al menos todas) de la posterior difusión del marxismo, sin lugar a dudas, el foco de irradiación masiva de éste fue la actividad universitaria.

Estamos hablando de un *ciclo* —segunda proposición—. Su fase ascendente cumple varias tareas: una de ellas obvia, es la divulgación de una mínima cultura marxista; esto se desarrolla a tal grado, que Rius y Martha Harnecker llegan a competir con los autores de *comics* más solicitados, en materia de venta de sus respectivas publicaciones. El propio Marx experimentó lo mismo, al verse aparecer en las inserciones que la cadena de supermercados “Comercial Mexicana” pagó en todos los diarios y que anunciaban el remate de *Las teorías sobre la plusvalía*, texto

inhallable durante muchos años. Hoy mismo, pueden comprarse sus textos y ¡horror! los de Korsch y Bakunin, en las secciones de libros de Sanborn's, donde comparten los *Stand's* con Luis Pazos y con Og Mandino.

Otra tarea que cumple esta fase corresponde al tipo de discurso marxista que difunde. Si bien los manuales soviéticos lograron aprovechar este auge, sufrieron la fuerte competencia de varias corrientes que, en Europa, les cuestionaban, al menos, su dogmatismo y su reduccionismo.

Fue así como el marxismo entró a las universidades también bajo la presentación althusseriana, aunque justo es decirlo, sólo en parte. Althusser sentó sus reales en las capas intelectualizadas, y los manuales soviéticos continuaron siendo la "religión de los pobres", dicho sea según las palabras de Gramsci.

El programa althusseriano cumplió su gran objetivo: obligar a todos a "Lire le Capital". Y el texto de Marx pasó, de ser referencia de eruditos y a lo sumo objeto de trabajo de los minúsculos "Seminarios de El Capital" que había en varias Facultades, a ser libro de texto obligatorio en casi todos los cursos de casi todos los semestres de muchas Escuelas de Economía y otras, además de configurar el centro casi único de atención en una serie de cursos (variable en extensión) que fueron bautizados con el nombre de "Economía Política".

Ni siquiera la Universidad Iberoamericana ni el Seminario de los jesuitas se libraron de incluir al texto de Marx en sus respectivos programas formativos.

Tampoco la UAM-A escapó a esa tendencia. Ciertamente, las modalidades de dicha inclusión fueron particulares, pero cabe destacar dos rasgos de este proceso que guardan mucha semejanza; en primer lugar la enseñanza del marxismo en la UAM se inició durante la etapa de pleno auge de la difusión de aquél; en segundo lugar, ello ocurrió mientras se desarrollaba otro fenómeno de alcance nacional, esto es, la sindicalización de los trabajadores universitarios.

¿Cómo influyeron estos factores en el *modo* de enseñanza del marxismo en nuestro departamento?

Es difícil dar una respuesta concluyente. Se puede, con todo avanzar una postulación: ambos elementos, pertenecientes al ámbito de la coyuntura política nacional, desplazaron al terreno del trabajo académico los términos en los cuales se libraba una lucha política, vale decir, el enfrentamiento entre los sectores vinculados al PRI, a la iniciativa privada y a los grupos de derecha, y a la izquierda en general.

Todo trabajo académico es una forma de lucha política. Pero no lo es sólo como enfrentamiento de fuerzas sin más sino, en lo fundamental, como una lucha

que se establece con las reglas del juego de un espacio bien definido: la academia.

ojo
LUCINO Así las cosas, no fue una excepción el hecho de que una u otra de las corrientes arriba mencionadas descalificasen al opositor con adjetivos provenientes del combate de asamblea o de un mitin político: "extranjerizantes" los unos "burgueses" e "imperialistas": los otros.

De este modo, la derrota de las fuerzas vinculadas al gobierno en la Facultad de Economía de la UNAM, por ejemplo, determinó que la enseñanza y la investigación de la "economía burguesa" fuesen prácticamente expulsadas de dicho centro universitario y de otros más.

En algunos más, como la UAM-A, nos atrevemos a decir que si tal cosa no ocurrió fue debido a que existía una correlación de fuerzas diferente. Aquí, el impulso del movimiento estudiantil fue insignificante, y la izquierda profesoral estaba más ocupada en construir el sindicato que en impulsar una iniciativa académica del estilo de la que había triunfado en Economía (UAM), en la ESE (IPN), en Morelia, etc.

De cualquier modo, el espacio que correspondió al marxismo en la UAM-A, sí fue tributario del "estilo de trabajo" que privaba en dichos centros universitarios. La formación de los programas del Área de Economía Política debe mucho a los correspondientes de la Facultad de Economía.

Ahora bien, la relación entre nuestra situación y la de la UNAM no termina ahí. Pero este tema requiere otra proposición —la tercera—, y es ésta: el ciclo de la enseñanza del marxismo en las universidades mexicanas comienza a mostrar signos inequívocos de que ha iniciado una fase descendente (si es que no ha entrado ya, francamente, en ella).

Algunos de esos signos son: la notoria pobreza del nivel académico de los estudiantes y egresados de la Facultad de Economía y de la ESE; el descenso de la demanda estudiantil hacia aquélla. La disminución de la demanda de trabajo calificado para con los egresados de la misma Facultad; el estancamiento de centros como la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Economía y del Instituto de Investigaciones Económicas.

Esta fase tiene, a nuestro modo de ver, dos formas específicas: una pedagógica y otra, instrumental.

Entendemos por la primera, el fenómeno que se manifiesta en el desinterés del alumnado por el marxismo, y que no se reduce, por parte del departamento de Economía de la UAM-A, ni mucho menos, al trabajo de exponer, mal que bien, el pensamiento de Marx. Al fin y al cabo, es casi el mismo gracias al cual todos

nosotros nos formamos, cuando estábamos enfervorizados.

Los tiempos han cambiado. Hoy, por mor de lo que sea, no encontramos ya esa pasión pre-existente en el alumno cuando se sienta a escuchar las clases de marxismo. Quizá sea porque le interesa estudiar, digamos, Economía, y lo que a menudo se le sirve es algo que no corresponde con ese objetivo y que viene bajo la presentación de un discurso omnipotente, que a la hora de la verdad, se esca-bulle de los hechos concretos, a los que mira despectivamente sólo como su reali-zación, y que tacha con soberbia, de "burgueses" a todos los intentos que sí per-siguen dar cuenta de ellos como fenómenos específicos.

En otras palabras, creemos que no se requiere de la socorrida hipótesis referente a la posición de clase (burguesa) de los alumnos, para explicar su desinterés por la Economía Política. Mucho menos de aquella otra que se basa en el supuesto de la incompetencia del alumnado para entender algo tan "difícil" y "abstracto" co-mo *El Capital*. Y colocaría en un lugar relativamente secundario el problema de la transmisión del conocimiento, en sentido estricto.

Parece haber, en suma, un *quid pro quo* entre lo buscado por el alumno y lo que persigue el Area de Economía Política.

La segunda forma consiste, justamente, en la manera como se piensa al marxis-mo en los programas del Area, manera que se expresa, a su vez, en las modalidades que ha adoptado, predominantemente en nuestro medio, el marxismo en cuanto ciencia y el marxismo en cuanto crítica de la sociedad. Por ello catalogamos de "instrumental" esta forma, porque ella tiene que ver con el *modo de uso* del mar-xismo, que es lo que nos interesa resaltar.

A esta cuestión dedicaremos la parte siguiente de este trabajo ya que, pensa-mos, aquí residen las razones de fondo que dieron forma a nuestros programas y a donde hay que acudir para construir las explicaciones de las dificultades que he-mos encontrado en el Area de Economía Política. Por supuesto, no pensamos que ello sea, sin más, la "causa" de tales problemas. Una situación compleja como la enseñanza del marxismo, no es reductible a un modelo lineal. Pensamos, más bien, que una argumentación seria acerca de la cuestión, debe de considerar, necesaria-mente, el carácter de las concepciones predominantes que sobre el marxismo rigen en los programas que queremos reestructurar.

2. EL LUGAR DEL PROBLEMA: LA RELACION ENTRE EL MARXISMO Y EL PENSAMIENTO ECONOMICO.

2.1 El momento de la evaluación.

A partir de lo enunciado en el inciso anterior, obtenemos una primera conclusión, con la que empezamos ahora: es pertinente realizar una reflexión sistemática que permita evaluar la situación, tanto de la enseñanza del marxismo, como de la investigación que se practica con dicho enfoque.

Nos parece que la experiencia de la UAM-A nos permite atender, en esta ocasión, sobre todo a la primera parte de esa tarea.

La carta de presentación del marxismo lleva como título la "Crítica de la Economía Política". Sin embargo, sería un craso error si imaginamos que el pensamiento crítico se constituye como una suerte de árbitro de la teoría económica. Esta concepción presupone que atribuimos a la crítica cualidades que sólo un Ser divino puede tener (y que, por ende, también presuponemos su existencia, bajo la forma de un juez omnisciente dotado de virtud de trazar la línea indeleble entre lo verdadero y lo falso, entre las posiciones de clase proletaria y burguesa, etc.)

Por el contrario, consideramos que es impensable un enfoque crítico que no sea capaz de arribar a la "autoconciencia", vale decir, a la crítica de sí mismo.

Además, si llegasen a presentarse dificultades notorias para que este proceso tuviese lugar, cabe la suposición de que tal conjunto de enunciados sea, no una crítica, sino un *sistema*, esto es, una elaboración de ideas que persigue, ante todo, proclamarse como único, absoluto e infalible: como una religión.

La evaluación rigurosa de la enseñanza del marxismo es, por lo tanto, una tarea crítica (y autocrítica) de primer orden. Es decir, además, un momento propicio para hacerlo. Tres son los elementos que podemos abonar a la cuenta de esta necesidad

- a) Han transcurrido ya varios años de esta experiencia.
- b) No está en puerta, por ahora, una ofensiva que obligue a defender, a como dé lugar, el espacio que existe.
- c) Se advierten signos preocupantes de estancamiento (por decir lo menos) en la labor mencionada.

Con objeto de abordar la problemática enunciada, procederemos a desglosarla en los aspectos que aparecen como subtítulos a continuación.

2.2 *Marxismo y pensamiento crítico.*

El marxismo se constituye, en tanto cuerpo de enunciados, en torno de una idea central: la crítica de la sociedad capitalista.

Este punto de partida es necesario, si tenemos en cuenta una gran demarcación que casi ha ganado carta de naturalidad y que, a menudo se da por descontada su certeza: la separación entre, de un lado, el marxismo como crítica y, de otro, el pensamiento económico como apología, ambos referidos a la sociedad capitalista.

De gran utilidad para destacar los núcleos centrales de estas concepciones (el hecho de que en el primer caso el pensamiento de Marx se construye sobre el problema de la explotación, cuestión velada o de plano negada en el segundo caso), esta separación incurre en el grave riesgo de la generalización abstracta, en el momento en que nos preguntamos sobre la forma como ambas corrientes dan cuenta de la realidad social y económica.

En este punto, la citada demarcación se revela como insuficiente, puesto que no se refiere al complejo proceso por medio del cual el pensamiento económico, desde que existe como tal, ha venido esforzándose, no sólo en defender un proyecto de dominación-explotación, sino *también* en *explicar* la realidad.

Para hacer esto, la economía ha debido luchar contra sí misma en innumerables ocasiones. La historia de los grandes debates económicos es muy larga. Los economistas han recurrido, muchas veces al expediente de la importación de problemáticas, de metáforas y de herramientas variadas que coadyuven a la tarea mencionada.

Una historia conceptual de la economía, con toda seguridad nos hablaría de las grandes fracturas, de las verdaderas revoluciones teóricas que se han operado en el pensamiento económico. Piénsese en la trascendencia de la innovación marginalista, en los efectos de la crítica de Keynes a dicho sistema, o a su vez, en el contraataque liberal.

Una discusión aparte puede ser aquélla que se pregunta si el campo de problemas que son el objeto teórico del pensamiento económico, es pertinente desde el punto de vista de la explicación de fenómenos tales como la distribución del ingreso, el mercado de trabajo, etc. Pero, lo que es indudable es que ese espacio existe, así recortado, y que toda crítica ha de partir de ahí adentro para avanzar en el conocimiento de la realidad económica y social.

Como se puede constatar, acabamos de utilizar la palabra "crítica", fuera del

contexto en que apareció en los primeros párrafos de este inciso, esto es, referida a la denuncia de un proyecto clasista inmerso dentro de un cuerpo determinado de pensamiento; la hemos colocado en otro terreno, el que aparece "dado" por la historia de los conceptos económicos, y ahora tiene un campo de denotación más amplio, que permite abarcar también a todo aquel trabajo de producción conceptual que el pensamiento económico realiza, operando sobre sí mismo.

En este sentido, decir pensamiento crítico no excluye a la "positividad", o sea, a la elaboración de *conocimientos* acerca de fenómenos específicos de la realidad económica.

Salgamos al paso de una posible observación sobre este último aspecto. Hay una cierta corriente del marxismo que unifica, sin más, su carácter crítico y su tarea científica, para presentarlos como una identidad. Pensamos que esto es falso. Ello implicaría que la economía capitalista se reduce, en última instancia, a un problema originario, el de la explotación, respecto del cual todas las demás manifestaciones económicas no son otra cosa que derivaciones simples.

En ambas versiones (crítica=denuncia ideológica y crítica=cientificidad), el problema de la explicación de la realidad económica queda escamoteado. En el primer caso porque, al haber "descubierto" la base de la sociedad capitalista, se deduce que respecto de ella ya no hay más que hacer, sino destruirla. En el segundo, porque todo fenómeno económico no es otra cosa que una expresión de la lucha de clases, y que, en todo caso, lo que procede es "desarrollar" la ciencia-crítica que ha surgido *ex-novo*, como cuerpo de pensamiento exclusivo y excluyente de la "ideología burguesa" es decir, del conjunto de la economía. Aquí, crítica significa también simplemente, destrucción del "pensamiento burgués".

Hay una variante de esta segunda versión, la que consiste en relativizar el carácter científico del conjunto de la obra de Marx, la que habría sufrido, como todo producto humano, del paso de los años. Sin embargo, en este caso "la ortodoxia se refiere a las cuestiones de método". Lo que prevalece, para esta corriente, es el método general del marxismo, ese sí concebido como garante de la científicidad de los asertos que, en cada coyuntura histórica, se pronuncien fidedignamente.

Esto nos lleva al siguiente inciso.

2.3 *Marxismo, Economía y Ciencia.*

Lo anteriormente planteado intenta contradecir aquellas versiones que atribuyen al marxismo poco más o menos que el monopolio del ejercicio de la crítica,

como si ella le correspondiese, por esencia, al marxismo. De aquí a pensar que existe una especie de sentido inmanente a la historia del pensamiento, pero que no está determinado por la historia, no hay más que un paso. Quizá ninguno.

Encararemos ahora la cuestión de la relación entre el marxismo y la economía, en el terreno de la ciencia.

Por principio de cuentas, notamos que del concepto de pensamiento crítico expuesto anteriormente, no se excluye la problemática del conocimiento. De hecho, pensamos que la crítica puede tener efectos de conocimientos a dos niveles: primero, como mecanismo de propuesta de tesis filosóficas que reorganizan el estado actual de un campo del saber, abriendo nuevas problemáticas y, dado el caso, provocando la ampliación del horizonte científico y recortando de manera diferente los objetos teóricos, o proponiendo otros.

Segundo, procediendo a construir conceptos que proporcionen densidad analítica a dichas tesis, es decir, entrando de lleno al terreno de la demostratividad, o bien, al de la falsación de las tesis enunciadas.

Los dos aspectos anteriores son la tarea de la ciencia. Esta no debe más ser concebida como un mero archivo de conocimientos y su desarrollo tampoco ha de ser pensado simplemente como el proceso de llenar un vaso medio vacío. El avance de la ciencia no procede por acumulación simple, como quisiera el positivismo, sino que se da como un proceso social de producción, cuya materia prima es, justamente, el discurso científico ya existente.

El marxismo se ha desempeñado en ambos niveles, desde su fundación. El señalamiento crítico de Marx referente a la explotación ha abierto un inmenso panorama gracias al cual se han producido muchos avances en diferentes terrenos del conocimiento, tales como la economía, la sociología, la antropología, la historia, etc. La investigación del proceso de trabajo, la del mercado de trabajo, la distribución del ingreso, etc., son temas en los que el marxismo ha contribuido positivamente.

Es por ello que, sin taxativas, se puede considerar al marxismo como parte del pensamiento científico del mundo contemporáneo. Pero se impone, al mismo tiempo, una delimitación muy importante: es preciso desprender al marxismo-ciencia, de la noción decimonónica de ciencia, muy difundida todavía en los medios marxistas.

Este fenómeno, que corresponde ser explicado desde una historia del marxismo, tiene dos componentes fundamentales: de un lado, la poderosa influencia que sobre el surgimiento y desarrollo del marxismo ejerció, durante el siglo XIX, el

pensamiento científico (tanto en el campo de lo natural, como en el de lo social. Es obvio que esa influencia continúa). Marx vivió en la época del racionalismo a ultranza, en los tiempos en que se pensaba que la física estaba a punto de conquistar (si no lo había hecho ya) su objetivo final, vale decir, la explicación general del cosmos. Las ciencias sociales, que nacían por aquel entonces, recibían el reto imponente de alcanzar dichos niveles. En este contexto, se entiende la fascinación que los desarrollos, los métodos, los instrumentos y los conceptos de las ciencias naturales ejercían sobre los primeros científicos sociales —y Marx fue uno de los más connotados de ellos. Multitud de conceptos en ciencias sociales se construyeron (y se siguen construyendo), utilizando metáforas provenientes del terreno de las ciencias naturales. Junto con todo ello, pensamos, también se importó el concepto mismo de ciencia que reinaba en el siglo XIX, y que comprometía al proyecto científico con la búsqueda de la absolutización del conocimiento, de patrones de referencia invariables, de constantes universales y de leyes generales. Recuérdese, por ejemplo, la ley de los tres estadios de Comte y su intento por fundar a la Sociología como una “física social”.

Este concepto de ciencia ha sido criticado y superado por la historia. La física de principios del siglo XX sufrió una gran conmoción —y aún continúa en ella—, con la emergencia de la teoría de la relatividad, de la teoría cuántica y de la teoría de la indeterminabilidad de la pareja posición-momentum de las partículas elementales (el principio de incertidumbre de Heisenberg). La física entera se revolucionó y las viejas certezas se derrumbaron. Los físicos se dieron cuenta de que el esquema newtoniano-cartesiano de razonamiento constituido a imagen y semejanza del espacio “natural” de tres dimensiones no era, ni con mucho, suficiente para emprender el trabajo científico sobre los espacios sideral y microcósmico.

Como si se tratara de un partido político, la física se escindió en grandes escuelas y el debate entre ellas perdura hasta la fecha. Poco queda ya del viejo racionalismo del siglo pasado y de la pretendida unidad de la ciencia bajo la presidencia de un método general e infalible. En este y en otros campos del conocimiento, se ha venido imponiendo, más bien, la necesidad de considerar la *coexistencia de una pluralidad de enfoques y de métodos, de una multiplicidad* de ciencias. Recordemos de nuevo el caso de la física moderna, que registra la presencia de la mecánica relativista, de la mecánica ondulatoria, de la mecánica cuántica y de la mecánica estadística. Todas ellas reconocen (y restringen) su campo de validez y el de los otros enfoques, así como el de la mecánica clásica (newtoniana). Cada una, soluciona aspectos importantes de la realidad, y ninguna busca presentarse como

la versión única y científica, la que arroja a las otras al basurero de la ideología o de la metafísica.

Un aspecto más de esta cuestión: arribar a este concepto de ciencia, significa también asumir la crítica a un cierto criterio teleologista de la misma. O sea, a la presuposición de que, si no existe hoy unidad en la ciencia, es porque "falta" un trecho que recorrer del camino que conduce, indefectiblemente, hacia ese fin, al cabo del cual la ciencia reencontrará, necesariamente, su unidad perdida. Es decir, que hoy padecería de una suerte de insuficiencia transitoria, después de haber sufrido un desdoblamiento en su ser único por naturaleza.

Por el contrario, habría que subrayar la noción *plural* de las ciencias y de los métodos, las que encuentran su razón de ser en función de su objeto (históricamente determinado) y no con relación a un principio absoluto que les otorgaría, desde fuera, su organicidad.

Luego de este rodeo necesario, podemos abordar lo correspondiente al segundo componente del fenómeno que nos interesa desagregar, esto es, la presencia en el marxismo contemporáneo de un concepto ya obsoleto de ciencia. En este punto, queremos referirnos al modo particular como el marxismo ha transportado, hasta nuestros días, esa vieja noción.

Nuevamente, la historia contemporánea del marxismo será la encargada de ajustar cuentas con este problema. Aquí sólo esbozaremos algunas ideas al respecto*.

Todo comienza con el pasaje que ha experimentado el marxismo, que de un discurso crítico-científico (en el sentido que hemos desarrollado anteriormente) ha devenido *sistema* de pensamiento. Pareciera ser, que en este salto, se ha producido un trastocamiento de las categorías y que el concepto de totalidad ha engullido a las demás.

Dos momentos se pueden señalar en este proceso: a) la asunción del marxismo como pensamiento oficial por parte de la II Internacional, a finales del siglo pasado, y b) la adopción del marxismo como ideología estatal, luego del triunfo de la revolución de octubre. El primero, es el momento de Engels-Kautsky; el segundo, el de Lenin-Stalin. Este último período comprende obviamente, a la III Internacional y su proclamación del marxismo como ideología del proletariado internacional, con un simbólico agregado, el de leninismo.

¿Qué ejemplos citar aquí? ¿Bastará con recordar el "caso Lisenko"? ¿Habrá que agregar citas de cualquier texto de la Academia de Ciencias de la URSS? ¿Se-

* Cfr. El trabajo de Luis Cervantes, "Discurso de la Economía, Discurso del poder", para un tratamiento más amplio de esta cuestión.

rá necesario añadir referencias al *proletkult*, al "realismo socialista", al debate sobre la cibernética en la URSS (que dicho sea entre paréntesis, no le debe nada a los criterios de la dictadura argentina de hoy, que rechaza por "subversiva" a la teoría de conjuntos)?

Con todo, la conversión del marxismo en ideología de Estado no lo reduce a pura ideología. Mejor, el carácter ideológico del marxismo no impide que éste exprese, aún en los términos de un discurso oficial, aspectos relevantes de la realidad.

Ahora bien, lo mismo puede decirse, *pari passu*, del pensamiento económico. Las corrientes que lo configuran, sea que se propongan la apología del sistema, sea que lo hagan a pesar de sus buenas intenciones, son fragmentos del pensamiento científico, son ciencias, y deben recibir el trato correspondiente. No queremos aquí insistir en la ruptura que debe hacerse con el concepto absolutizante de ciencia, pero es lo que nos permite recuperar, dentro del discurso de la economía "burguesa" la relación de objetividad que puede tener con la realidad.

2.4 *Marxismo, Economía y Técnica.*

El inciso anterior nos pone en relación con el trabajo de producción de conocimientos en Economía. En este apartado, queremos avanzar algunas ideas en torno de otra relación muy importante, esto es, aquella que aborda a la Economía como técnica.

En este terreno, también es preciso pelear con algunos fantasmas. En primer lugar, es muy común escuchar, en nuestro medio, que se endilga un terrorífico adjetivo a los economistas que se dedican profesionalmente a la tarea de "aplicar" sus conocimientos en las oficinas estatales: "es un tecnócrata".

Quizá sea preciso hacer el papel de abogado del diablo, si nos queremos preguntar por los fundamentos de esta afirmación, lo que nos puede llevar a precisar algunos criterios de fondo que organizan la formación de nuestros estudiantes.

Un primer síntoma, lo encontramos en la fuerte carga peyorativa que acompaña a la impugnación de marras. Ella hace referencia a un agente determinado que ejecuta una serie de operaciones programadas, que se encuentran más allá de su capacidad de optar. El tecnócrata es, en esta versión, una pieza de la compleja maquinaria estatal que piensa por él. Es un simple ejecutor de los designios de la razón burguesa hecha tecnocracia. De este modo, el terreno de la técnica económica aparece, sin más, como propiedad privada del capital, o en todo caso, del

Estado burgués. La técnica no sería, pues, otra cosa que la materialización de las relaciones capitalistas, y por ende, un coto exclusivo y unidimensional donde no cabría, por su definición misma, ninguna posición diferente a la de los intereses de la burguesía.

Una segunda concepción de la técnica en Economía, es aquella que atribuye a ésta un carácter neutral. Aquí, la técnica aparece simplemente como un instrumento, y como tal, utilizable en un sentido u en otro, dependiendo de quien lo maneje. La técnica sería, en este caso, un conjunto de reglas y de operaciones, desprendido de todo juicio valorativo y que tan sólo pretende decir cuáles medios son los óptimos para alcanzar un fin propuesto. O bien, un procedimiento que ayuda a determinar cuál es el propósito más racional si se considera un *stock* de recursos limitado.

Hay todavía una tercera versión, que se erige como crítica de las otras dos anteriores. Es aquella que define a la técnica no por su carácter de especialismo, sino por su naturaleza social. Toda técnica es lucha de clases en última instancia, diría esta posición. Así, sería falsa la concepción neutralizante de la técnica, en la medida en que ignora que los fines alternativos de una política económica no son decidibles al margen de la correlación de fuerzas entre las clases. Igualmente, la primera postura olvidaría que la razón burguesa, para mantener eficazmente su proyecto de dominación habría de considerar dicha correlación emitiendo, a veces, decisiones que parecieran quedar fuera de su interés de clase en sentido estricto.

Más rica que las dos primeras, esta noción incurre, no obstante, en un grave error: reduce la especialidad técnica a mera política, y lo que va con esto, presupone un sentido inmanente de la historia. Imagina a la sociedad como una esfera que desciende por una pendiente continua, lo que define automáticamente a sus componentes. La técnica sería aquí, no la evidencia brutal del proyecto burgués, sino la "astucia de la razón" burguesa. Aquí mismo se localiza la debilidad de esta concepción: si la técnica es relación de fuerzas y *no hay un sentido predefinido de la historia*, entonces lo que sobresale es el carácter de la técnica como especialismo. Vale decir, habría entonces dos dimensiones constitutivas de la técnica: como especialismo y como política. El primer carácter no sería específicamente burgués. La técnica sería, como tal, un terreno de las contradicciones sociales, sería una *relación social* con especificidad (técnica).

Para abundar en el problema: la técnica, más que un modo de ser de la razón burguesa, es un modo de ser del mundo moderno (Habermas), que incluye (contradictoriamente) a las diferentes posiciones de clase.

Concluyamos: un trabajo técnico en Economía puede ser iquién lo duda! objeto de un proyecto burgués. *Pero no lo es por esencia, sino en virtud de una correlación de fuerzas* ■

¹ Cfr. el trabajo de Luis Cervantes, "Discurso de la Economía, Discurso del Poder", para un tratamiento más amplio de esta cuestión.